



ISSN 1992-6510
e-ISSN 2520-9299

63

REALIDAD Y REFLEXIÓN ES UNA PUBLICACIÓN PERIÓDICA DE CARÁCTER SEMESTRAL DE LA UNIVERSIDAD FRANCISCO GAVIDIA
AÑO 26, n.º 63, ENERO-JUNIO 2026. SAN SALVADOR, EL SALVADOR, CENTROAMÉRICA

REALITY AND REFLECTION IS A BIENNIAL PERIODICAL PUBLICATION OF THE FRANCISCO GAVIDIA UNIVERSITY
YEAR 26, n.º 63, JANUARY-JUNE 2026. SAN SALVADOR, EL SALVADOR, CENTRAL AMERICA

Género, cultura y emprendimiento: desafíos y oportunidades para las mujeres salvadoreñas¹

Gender, Culture and Entrepreneurship: Challenges and Opportunities for Salvadoran Women

Javier Alberto Molina Gutiérrez

Licenciatura en Psicología, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, El Salvador
Maestría en Intervención Social, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, El Salvador
Coordinador de la carrera de Psicología, Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas,
Universidad Francisco Gavidia, El Salvador

jamolina@ufg.edu.sv

<https://orcid.org/0000-0003-3475-5308>

Dana Kennya María Gómez Osegueda

Licenciatura en Psicología, Universidad Francisco Gavidia, El Salvador
Maestría en Entornos Virtuales de Aprendizaje, Universidad Francisco Gavidia, El Salvador
Docente a tiempo completo, Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas,
Universidad Francisco Gavidia, El Salvador

dgomez@ufg.edu.sv

<https://orcid.org/0009-0007-1464-2230>

¹ En la elaboración del presente ensayo se empleó inteligencia artificial únicamente con fines auxiliares, tales como apoyo en la redacción preliminar, revisión gramatical y verificación de estilo, sin intervenir en el contenido sustantivo ni en el análisis académico.

María Fernanda Cubías Nerio

Estudiante de la licenciatura en Psicología, Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas,
Universidad Francisco Gavidia, El Salvador

cs.fernandacnerio@ufg.edu.sv

<https://orcid.org/0009-0002-7808-7110>

Raúl Alexander Flores Méndez

Estudiante de la licenciatura en Psicología, Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas,
Universidad Francisco Gavidia, El Salvador

cs.raulflores27@ufg.edu.sv

<https://orcid.org/0009-0008-5186-8957>

Fecha de recepción: 12 de enero de 2026

Fecha de aprobación: 19 de marzo de 2026

DOI:



RESUMEN

El presente ensayo ofrece un análisis teórico sobre los determinantes socioculturales del emprendimiento femenino en El Salvador, a partir de una reflexión argumentativa sustentada en las categorías de emprendimiento, dimensión emocional del emprendimiento, liderazgo y empoderamiento femenino. El texto examina aportes provenientes de literatura académica latinoamericana publicada en los últimos veinte años, los cuales permiten comprender el emprendimiento femenino desde las motivaciones que impulsan a las mujeres a emprender y las barreras económicas, sociales y culturales que limitan su desarrollo. A lo largo del análisis, se visibiliza la limitada producción académica regional que aborda el emprendimiento femenino desde una perspectiva psicosocial, particularmente en contextos atravesados por desigualdades estructurales de género, como es el caso de El Salvador. Desde esta aproximación, se reflexiona sobre los obstáculos económicos, sociales, culturales y políticos que enfrentan las mujeres emprendedoras, con especial énfasis en el contexto salvadoreño, donde dichas condiciones inciden de manera directa en sus trayectorias personales y económicas. Finalmente, el ensayo sostiene la necesidad de fortalecer políticas públicas orientadas a generar condiciones más equitativas, que reconozcan el liderazgo y el empoderamiento femenino como elementos relevantes para promover procesos de desarrollo personal, económico y social.

Palabras clave: emprendimiento femenino, determinantes socioculturales, perspectiva psicosocial, liderazgo femenino, empoderamiento de las mujeres.

ABSTRACT

This essay offers a theoretical analysis of the sociocultural determinants of women's entrepreneurship in El Salvador, based on an argumentative reflection grounded in the categories of entrepreneurship, the emotional dimension of entrepreneurship, leadership, and women's empowerment. The text examines contributions from Latin American academic literature published over the last twenty years, which help to understand women's entrepreneurship by examining the motivations that drive women to become entrepreneurs and the economic, social, and cultural barriers that limit their development. Throughout the analysis, the limited regional academic literature addressing women's entrepreneurship from a psychosocial perspective is highlighted, particularly in contexts marked by structural gender inequalities, as is the case in El Salvador. From this perspective, the essay examines the economic, social, cultural, and political obstacles faced by women entrepreneurs, with a particular focus on the Salvadoran context, where these conditions have a direct impact on their personal and economic trajectories. Finally, the essay argues for the need to strengthen public policies aimed at creating more equitable conditions that recognize women's leadership and empowerment as key elements in promoting personal, economic, and social development.

Keywords: *female entrepreneurship, sociocultural determinants, psychosocial perspective, female leadership, women's empowerment.*

Introducción

En El Salvador, hablar de emprendimiento femenino no constituye un ejercicio teórico abstracto. Implica pensar en doña Rosa, quien abre su pupusería a las cinco de la mañana en Soyapango para que sus hijos puedan estudiar. Implica mirar a Karla, una joven de San Vicente que diseña bisutería artesanal en redes sociales mientras cuida a su abuela enferma. También supone reconocer a Blanca, sobreviviente de violencia patrimonial, quien, en medio del dolor, decidió vender productos de limpieza casa por casa para reconstruir su independencia. Todas ellas, distintas entre sí, tienen en común el hecho de haber convertido la precariedad en impulso y el desamparo institucional en resiliencia cotidiana.

Para muchas mujeres salvadoreñas, emprender no constituye una opción libremente elegida, sino una vía de subsistencia frente a un sistema que les niega empleo formal, acceso a crédito en condiciones justas y entornos seguros para vivir. En un país donde la desigualdad de género se traduce en barreras estructurales y culturales que se reproducen de generación en generación, el emprendimiento se transforma en un acto de resistencia, supervivencia y, en algunos casos, de transformación.

El presente ensayo parte de esa realidad para proponer una reflexión crítica sobre los determinantes socioculturales del emprendimiento femenino, situando la mirada en los nudos invisibles que lo condicionan: la violencia simbólica, la carga de cuidados, el acceso desigual a la educación financiera y las estructuras patriarcales que persisten tanto en el hogar como en el mercado. El interés no radica en abordar el fenómeno únicamente desde cifras o políticas, sino también desde las experiencias concretas, las emociones que lo atraviesan y las aspiraciones que lo sostienen.

El análisis se apoya en literatura académica latinoamericana de las últimas dos décadas, así como en relatos escuchados desde la experiencia docente, psicológica y ciudadana atenta a los márgenes. Se utilizan categorías como liderazgo femenino, empoderamiento, dimensión emocional del emprendimiento y perspectiva psicosocial, no con el propósito de encasillar, sino de comprender con mayor profundidad la complejidad del fenómeno.

De este modo, se propone un recorrido por las tensiones, motivaciones y obstáculos que configuran la vida de las mujeres que emprenden en El Salvador, con el propósito de visibilizar que detrás de cada negocio informal, puesto ambulante o microempresa liderada por una mujer existe una historia que merece ser contada y un entramado social que requiere transformaciones. Por ello, los autores consideran pertinente iniciar planteando algunos de los principales estudios realizados sobre las categorías analíticas de la propuesta.

En el caso salvadoreño, el emprendimiento no puede entenderse únicamente como una alternativa dentro del mercado laboral, sino más bien como una respuesta a sus propias

limitaciones. En un país donde una parte considerable de la población se inserta en condiciones de informalidad, muchas mujeres no emprenden porque identifiquen una oportunidad clara de negocio, sino porque el empleo formal no logra sostener sus necesidades básicas ni las de sus familias. Esta realidad se complejiza aún más si se considera el peso de las remesas en la economía nacional, las cuales, si bien dinamizan el consumo, no necesariamente generan condiciones de estabilidad laboral. En ese contexto, emprender termina siendo una forma de adaptarse a un entorno incierto, donde la constancia, la creatividad y la capacidad de «resolver» día a día se vuelven más determinantes que cualquier planificación empresarial estructurada (Sánchez Masferrer, 2015; PNUD, 2018).

Esta realidad concreta de las mujeres salvadoreñas invita a observar el fenómeno más allá de las estadísticas. Desde esta perspectiva, se retoma el marco teórico propuesto inicialmente, el cual se desglosa desde la dimensión del emprendimiento, donde se reconocen múltiples perspectivas que explican los factores, características y obstáculos que intervienen en la decisión de emprender como alternativa económica.

De acuerdo con García *et al.* (2016), quienes analizan el emprendimiento femenino en un contexto como el mexicano, con similitudes respecto al salvadoreño, se identifican unidades de análisis relacionadas con la empresa, la motivación, los obstáculos y el impacto. Sus planteamientos evidencian que las características personales y el contexto social en el que se desenvuelve la mujer emprendedora resultan determinantes para comprender la actividad empresarial. Asimismo, se señala que una de las motivaciones centrales para emprender es la necesidad económica, aspecto que coincide con lo planteado por Toledo *et al.* (2016), quienes sostienen que las mujeres emprenden con mayor frecuencia en la búsqueda de independencia económica mediante el establecimiento de un negocio propio.

Desde una mirada regional, Palma *et al.* (2017) muestran que países como Ecuador, al igual que El Salvador, presentan una alta participación femenina en actividades emprendedoras, ubicándose entre aquellos con mayor tendencia a la creación de nuevos negocios liderados por mujeres. Estos estudios destacan la juventud de las emprendedoras y su capacidad para identificar oportunidades en mercados laborales informales, aun cuando enfrentan limitaciones significativas, como la falta de capacitación y de capital inicial, condiciones que también caracterizan al contexto salvadoreño. Otro planteamiento que respalda lo expuesto es el del Monitor Global de Emprendimiento (GEM, 2013), el cual evidencia que muchas mujeres emprenden por sensibilidad ante la necesidad. Este argumento coincide con los hallazgos de García *et al.* (2016) y con la idea de que las mujeres interpretan con mayor precisión el entorno de oportunidades para ofrecer un servicio que, además de satisfacer una necesidad, les permita obtener recursos para su supervivencia y la de sus grupos familiares.

En consonancia con lo anterior, Ruiz *et al.* (2020) abordan las características y motivaciones que impulsan las iniciativas emprendedoras de las mujeres en el ámbito comunitario,

señalando que una proporción considerable de estos emprendimientos surge como respuesta a la necesidad o al autoempleo. Entre los factores motivacionales, se destaca la influencia familiar y la experiencia previa, elementos que fortalecen la confianza en la toma de decisiones y en la estrategia del negocio. Esto resulta particularmente interesante en un contexto como el salvadoreño, donde ya no se habla únicamente de personas emprendedoras, sino también de familias emprendedoras, debido a que esta ha sido históricamente una de las opciones para salir adelante económicamente.

No obstante, también se identifican limitaciones persistentes, como la falta de apoyo institucional y el desconocimiento de organizaciones que acompañan los procesos de creación empresarial, situación que coincide con lo planteado por Palma *et al.* (2017). Esto se evidencia en la necesidad de recurrir a mecanismos informales de acceso a recursos financieros, como prestamistas o usureros de sus lugares de residencia.

En el contexto salvadoreño, estas lecturas adquieren otro matiz cuando se observan los sectores en los que realmente se insertan las mujeres. No es casual que una gran parte de los emprendimientos femeninos se concentre en la venta de alimentos preparados, el comercio en mercados locales o pequeños negocios desde el hogar, como tiendas o servicios de costura. Estos espacios, más que responder a una lógica de mercado planificada, suelen estar determinados por los recursos disponibles: una cocina, una acera transitada o una red de contactos cercana. Investigaciones realizadas en municipios como Nahuizalco e Ilobasco muestran que, incluso en sectores como el artesanal, donde existe potencial de crecimiento, las mujeres enfrentan dificultades para ampliar sus negocios debido a la dependencia de intermediarios y a la falta de acceso directo a mercados más amplios (Andino *et al.*, 2018). Esto provoca que muchas iniciativas permanezcan en circuitos locales reducidos, donde sostener el día a día se vuelve más urgente que proyectar el crecimiento del negocio.

Además, para efectos del análisis, resulta interesante revisar la dimensión emocional del emprendimiento, ámbito en el que diversos estudios han subrayado la relevancia de los factores emocionales en el desempeño emprendedor. Salvador (2008) señala que la inteligencia emocional mantiene una relación positiva con la autoeficacia emprendedora, lo que implica que las creencias sobre las propias habilidades influyen de manera significativa en el éxito del emprendimiento. De forma similar, Chávez *et al.* (2017) evidencian una correlación positiva entre inteligencia emocional e intención emprendedora en estudiantes universitarios, mostrando que niveles más altos de inteligencia emocional se asocian con una mayor disposición para emprender. Esto adquiere particular relevancia si se considera que, en el país, el emprendimiento se percibe cada vez más como una alternativa paralela y necesaria al empleo formal, tal como ocurre en los casos de mujeres que, además de su empleo formal, deciden construir un emprendimiento utilizando sus espacios de interacción laboral para promover sus productos, con el propósito de obtener mayores y mejores ingresos.

A juicio de los autores, resultan especialmente relevantes los planteamientos sobre liderazgo femenino desarrollados por Encina y López (2021), quienes analizan los factores que contribuyen al liderazgo empresarial de las mujeres, particularmente en el sector gastronómico. Sus hallazgos destacan que la motivación para emprender puede estar asociada tanto a la oportunidad como a la necesidad. Estas aproximaciones dialogan con lo planteado por Sánchez *et al.* (2021), quienes señalan barreras estructurales, como la falta de educación financiera, el acceso limitado a créditos y la ausencia de políticas de apoyo al emprendimiento.

De esta forma, Toledo *et al.* (2016) identifican que las mujeres emprendedoras en contextos latinoamericanos tienden a desarrollar un liderazgo de tipo transformacional, orientado a la búsqueda de independencia económica y a una mejor conciliación entre el tiempo personal y laboral, aun cuando ello resulta particularmente difícil frente a la opresión de un sistema sociohistórico que les impone responsabilidades exclusivas asociadas a su género, como las tareas del hogar.

Tal como se ha destacado, Pizarro y Guerra (2010) exponen que las mujeres que ocupan cargos directivos son protagonistas de un proceso gradual de transformación cultural, caracterizado por estilos de liderazgo basados en el trabajo colaborativo, la comunicación y el compromiso. Las participantes de sus estudios expresan altos niveles de satisfacción personal y profesional, así como una marcada motivación para enfrentar nuevos retos y continuar creciendo en sus trayectorias laborales.

Finalmente, no puede dejarse de lado la comprensión del empoderamiento femenino. En este sentido, Amador *et al.* (2020) comparan esta dimensión en contextos como México y Perú, identificando niveles medios o bajos de empoderamiento vinculados a factores culturales, políticos, económicos y sociales, realidades que también resultan pertinentes para el contexto salvadoreño. De igual forma, Guijarro y Aguirre (2015) señala que, aunque la participación de las mujeres en el ámbito laboral y gerencial ha aumentado, persisten limitaciones estructurales, como la falta de políticas que garanticen estabilidad laboral para mujeres que combinan roles profesionales y maternidad.

Por otro lado, Rojas *et al.* (2021) abordan el empoderamiento de mujeres rurales en El Salvador, destacando cómo el acceso al conocimiento y a procesos formativos les permite convertirse en agentes de su propio desarrollo, superar barreras y redefinir su rol social y económico. Estos planteamientos coinciden con los de Ruiz *et al.* (2020), al resaltar la influencia del entorno familiar como un elemento relevante en la motivación para emprender en un contexto plagado de desigualdades económicas, estructurales y de género, como el salvadoreño.

A partir de los aportes revisados, los autores proponen una reflexión en torno a interrogantes que orientan el análisis del fenómeno, tales como: ¿cómo se configura el contexto sociocultural en el que se desenvuelve la mujer salvadoreña?, ¿qué factores sociodemográficos influyen en la decisión de emprender?, ¿qué características emocionales, sociales y cognitivas intervienen en el emprendimiento femenino?, y ¿de qué manera el liderazgo y el empoderamiento inciden en las posibilidades de éxito emprendedor? Estas preguntas permiten articular la discusión teórica y contextual que se desarrolla en las secciones posteriores de la propuesta, procurando situar los análisis en la cotidianidad de la mujer salvadoreña.

Contexto sociocultural y desafíos del emprendimiento femenino en El Salvador

Comprender el emprendimiento femenino en El Salvador requiere salir del plano estadístico y adentrarse en la vida cotidiana de muchas mujeres que, con creatividad y esfuerzo, intentan abrirse camino en un país que aún arrastra profundas desigualdades de género. No se trata únicamente de mujeres que «deciden» emprender por vocación o pasión, sino de historias que nacen desde la necesidad, el impulso personal y la urgencia de responder ante una economía que no siempre ofrece alternativas viables.

En barrios urbanos y zonas rurales del país abundan ejemplos de mujeres que han convertido su cocina, su sala o una esquina de la acera en pequeños negocios. Carmen, por ejemplo, comenzó vendiendo empanadas en las afueras de una escuela en Mejicanos, no porque lo soñara desde niña, sino porque perdió su empleo formal y debía alimentar a sus hijos. Así, el emprendimiento emerge, en muchos casos, como una forma de resistencia ante las exclusiones históricas que impiden a las mujeres acceder a empleos estables, educación continua o créditos formales. Tal como señalan Toledo *et al.* (2016), el emprendimiento femenino constituye, en numerosos casos, una respuesta colectiva frente a décadas de exclusión estructural.

Los desafíos son diversos. En el ámbito económico, el acceso al crédito continúa siendo desigual. Muchas mujeres no pueden presentar garantías, carecen de historial crediticio o simplemente son rechazadas debido a prejuicios de género. La formación empresarial y financiera, además, resulta limitada o inexistente en algunos casos; muchas aprenden sobre la marcha, sin redes de apoyo técnico ni acompañamiento institucional. El caso de Norma —nombre ficticio, debido a que no fue entrevistada en el marco del ensayo— resulta ilustrativo, pues comenta que su madre montó una pequeña tienda de productos artesanales, pero tuvo que cerrarla por no saber cómo calcular costos ni registrar ingresos. A pesar del empeño de su madre, la falta de capacitación y apoyo terminó afectando negativamente el desarrollo del negocio.

Casos como este no son aislados. De hecho, cuando se revisan estudios específicos sobre emprendimiento femenino en El Salvador, estas limitaciones aparecen con bastante claridad en contextos concretos. Investigaciones realizadas en municipios como Nahuizalco e Ilobasco muestran que muchas mujeres vinculadas a la producción artesanal logran sostener sus actividades en el tiempo, aunque con márgenes de ganancia reducidos debido a la dependencia de intermediarios y a las dificultades para acceder directamente a mercados más amplios (Andino *et al.*, 2018). Esto implica que, aun cuando existe conocimiento técnico y tradición productiva, las condiciones de comercialización terminan definiendo el alcance real de estos emprendimientos. En ese sentido, el problema no radica únicamente en la creación del negocio, sino también en las posibilidades efectivas de posicionarlo y hacerlo crecer dentro de circuitos económicos que, en muchos casos, ya se encuentran estructurados de manera desigual.

Aunque estudios como el de Gutiérrez (2011) muestran que seis de cada diez personas emprendedoras en El Salvador son mujeres, esta estadística también evidencia una realidad compleja: la mayoría de estos negocios surge por necesidad y no por oportunidad. Se trata de emprendimientos impulsados por la urgencia más que por una elección planificada. Además, debido a que muchas de estas mujeres poseen escolaridad media o básica, suelen incorporarse a mercados informales, donde la competencia es intensa y la estabilidad limitada.

En el plano regional y global existen avances, aunque también persisten diversas limitaciones. Según Velázquez (2021), muchas pequeñas empresas en el mundo cuentan al menos con una mujer como propietaria. Sin embargo, en países como El Salvador, estas mujeres enfrentan barreras significativas para acceder a servicios financieros, asesoría legal o tecnología. Orellana (2017) señala que el país aún ocupa posiciones rezagadas en indicadores de emprendimiento femenino, especialmente en aspectos relacionados con el acceso al crédito y el acompañamiento estatal.

A ello se suman las dinámicas culturales que continúan colocando a la mujer como principal responsable del hogar. Cuidar, alimentar, vender y sobrevivir al mismo tiempo se convierte en parte de una rutina que desgasta física y emocionalmente. Muchas mujeres trabajan hasta la madrugada horneando pan, cosiendo ropa o preparando almuerzos para vender, mientras atienden a sus hijos, limpian la casa y cuidan a familiares enfermos. Esta «doble o triple jornada» no constituye únicamente una metáfora, sino una realidad que consume tiempo, energía y salud mental, limitando considerablemente las posibilidades de expansión del negocio.

En ese mismo contexto, el emprendimiento femenino en zonas rurales de El Salvador tampoco se desarrolla en condiciones ideales, sino en realidades concretas que terminan definiendo su alcance. En departamentos como Sonsonate o Usulután, por ejemplo, es

frecuente encontrar mujeres que combinan la venta de alimentos, productos básicos o artesanías con las actividades del hogar, organizando su trabajo en función de las posibilidades que ofrece cada día. En estos casos, el ingreso no suele acumularse ni proyectarse a futuro, sino que circula de manera inmediata entre la reposición de insumos y las necesidades familiares, dejando poco margen para pensar en crecimiento o expansión. Como señalan Cortez *et al.* (2021), muchos de estos emprendimientos operan más como una extensión de la economía del hogar que como negocios independientes, lo que explica por qué, aun cuando logran sostenerse en el tiempo, lo hacen dentro de límites marcados por el propio contexto.

Pero no todo responde a la necesidad. Muchas mujeres encuentran en el emprendimiento una vía para dignificarse, afirmarse y proyectar un mejor escenario para ellas y sus familias. Emprender también constituye un acto de autonomía. Es una forma de construir un proyecto de vida distinto, más justo y con mayor control sobre las propias decisiones. Sin embargo, la discriminación de género, la violencia simbólica y la exclusión social continúan marcando este recorrido. Incluso en espacios donde las mujeres ya son protagonistas económicas, sus voces siguen ocupando lugares marginales en la toma de decisiones.

La violencia de género representa otro obstáculo cotidiano. Muchas mujeres que intentan emprender deben hacerlo bajo el control o la amenaza de una pareja violenta, o en comunidades donde ser una mujer autónoma genera sospecha o rechazo. La violencia patrimonial y económica restringe el acceso a bienes, limita la toma de decisiones sobre el uso del dinero y dificulta la posibilidad de abandonar relaciones abusivas. Acosta (2021) advierte que este tipo de violencia produce impactos severos en la autonomía financiera y, por consiguiente, en la viabilidad de cualquier emprendimiento. Frente a ello, surge una interrogante relevante: ¿cómo sostener un emprendimiento cuando el mismo hogar desde donde se trabaja también constituye un espacio de violencia o control?

Aunque existen leyes orientadas a proteger e impulsar a las mujeres emprendedoras, como la Ley de Igualdad, Equidad y Erradicación de la Discriminación contra las Mujeres (Asamblea Legislativa de la República de El Salvador, 2011), la cual busca garantizar la igualdad sustantiva entre mujeres y hombres en todos los ámbitos de la vida social, económica y política, y la Ley de Fomento, Protección y Desarrollo para la Micro y Pequeña Empresa (Asamblea Legislativa de la República de El Salvador, 2014), que promueve el fortalecimiento y desarrollo de los emprendimientos y las microempresas mediante mecanismos de apoyo y acceso a oportunidades productivas, su aplicación efectiva continúa siendo limitada.

ORMUSA (2018) y la CEDAW (2015) coinciden en que los marcos normativos no han logrado traducirse en transformaciones estructurales reales. Las brechas salariales, el

subempleo, la informalidad y la ausencia de mecanismos de financiamiento inclusivos continúan siendo prácticas recurrentes más que situaciones excepcionales.

Por ello, el emprendimiento femenino en El Salvador debe entenderse no como una solución inmediata o absoluta, sino como una respuesta social frente a condiciones adversas. Constituye una herramienta de empoderamiento, pero también un reflejo de un sistema que obliga a las mujeres a resolver, desde el ámbito personal, situaciones que deberían garantizarse desde lo público. Reconocer esta complejidad representa un primer paso para pensar en políticas que no solo promuevan negocios, sino que también dignifiquen la vida de quienes los lideran.

La perspectiva de género como punto de partida epistémico

La realidad en la cual muchas mujeres salvadoreñas deciden emprender se encuentra condicionada por estructuras sociales hostiles que no les favorecen. No se trata únicamente de la falta de recursos o apoyo económico, sino de un contexto donde las desigualdades de género provienen de generaciones anteriores y continúan presentes en la vida cotidiana. En muchos casos, las mujeres deciden emprender motivadas por las injusticias que limitan su derecho a elegir libremente y sin temor su destino profesional. Estas condiciones no surgen de manera espontánea. Entre los ejemplos de dichas desigualdades se encuentran las altas cifras de trabajo informal, la brecha en el acceso al crédito y la limitada presencia de políticas de cuidado orientadas a garantizar sus derechos y desarrollo.

Como se expuso anteriormente, emprender no siempre constituye una acción impulsada únicamente por una aspiración económica superficial. Para muchas mujeres, el emprendimiento se convierte en una respuesta urgente frente a la exclusión estructural. Las distintas manifestaciones de violencia estructural, tanto directa como simbólica, las obligan a construir por sus propios medios espacios de trabajo y subsistencia. En El Salvador, es frecuente observar mujeres que dirigen pequeños negocios desde sus hogares o sobre la acera de alguna calle, utilizando las redes sociales como herramienta para promocionar sus productos o servicios mientras atienden a sus hijos o, incluso, trabajando de noche debido a que durante el día deben hacerse cargo de otros miembros de su familia. Estos ejemplos no representan casos extremos o inusuales, sino parte de una realidad compartida por muchas mujeres salvadoreñas.

El entorno cultural también influye de manera significativa. Muchas creencias y tradiciones salvadoreñas continúan reduciendo el rol de la mujer a las tareas del hogar y al cuidado de otras personas. Esta minimización de sus capacidades limita su disponibilidad para realizar actividades que no son consideradas socialmente como propias de su género, aun cuando dichas actividades representen una vía de independencia y desarrollo social. De este modo,

ciertos imaginarios culturales continúan restringiendo las posibilidades de autonomía femenina.

Además, la falta de educación financiera y de formación empresarial y profesional dificulta el fortalecimiento y crecimiento de sus proyectos de vida. En numerosas ocasiones, pese al alto nivel de ingenio y adaptabilidad, muchas mujeres ven limitado su potencial debido a obstáculos que no enfrentan en igual medida sus pares masculinos. Por ejemplo, una mujer que administra un pequeño negocio de venta de ropa desde su casa puede poseer la capacidad de organizar pedidos, ajustar precios y atraer clientes a través de redes sociales; sin embargo, al momento de solicitar un préstamo que le permita impulsar su emprendimiento, su persona o su negocio no reciben el mismo nivel de credibilidad. Esta situación contrasta con la experiencia de muchos hombres dentro del mismo rubro comercial.

Sumado a esta diferencia de trato y acceso a oportunidades, también destaca la escasa visibilización de los emprendimientos liderados por mujeres en los medios de comunicación y en las redes de apoyo institucional, las cuales, en teoría, deberían ofrecer orientación, acompañamiento y protección a personas o grupos en condición de vulnerabilidad. Cuando se habla de «éxito empresarial», pocas veces se incluye a las mujeres que logran sostener a sus familias mediante pequeños negocios informales. Esta invisibilización constituye también una forma de violencia simbólica poco reconocida, que dificulta que muchas mujeres salvadoreñas reconozcan el valor del trabajo que realizan y las capacidades que desarrollan a través de estos emprendimientos.

A pesar de los avances alcanzados, tanto en El Salvador como a nivel global persisten condiciones desiguales que afectan de manera significativa a la población femenina. La perspectiva de género amplía el análisis de estas realidades y contribuye a la formulación de propuestas económicas y políticas humanitarias orientadas a garantizar mayores niveles de equidad entre mujeres y hombres en los procesos de desarrollo social (UNICEF, 2017). Con base en este enfoque, es posible evidenciar dimensiones sociales, culturales y políticas que suelen ser invisibilizadas por otros marcos analíticos, especialmente aquellas vinculadas con las relaciones de poder que se reproducen en la vida cotidiana.

La perspectiva de género constituye una herramienta analítica y política que permite comprender que las diferencias entre hombres y mujeres van más allá de lo biológico, considerando los efectos e implicaciones de las relaciones sociales de poder entre los géneros. A diferencia de las perspectivas tradicionales, que sostienen que estas diferencias provienen de características naturales, esta aproximación cuestiona dichas construcciones y pone en evidencia la manera en que las desigualdades se reproducen en distintos ámbitos sociales. Las problemáticas que enfrentan las mujeres adquieren mayor sentido cuando se analizan en relación con estructuras sociales más amplias y no únicamente desde comparaciones aisladas entre géneros (Lagarde, 1996).

En El Salvador, las mujeres han enfrentado múltiples desafíos a lo largo de los últimos sesenta años. Aunque se han registrado avances, estos han ocurrido de manera gradual. Parte de estos cambios responde a la creación de leyes orientadas a la protección de sus derechos. Asimismo, las mujeres y los movimientos feministas han desempeñado un papel importante en la búsqueda de igualdad entre hombres y mujeres, promoviendo movimientos sociales dirigidos a transformar estructuras sociales históricamente desiguales. Estos esfuerzos también buscaron cuestionar dinámicas sociales donde las mujeres frecuentemente eran tratadas de manera injusta. Dichos movimientos comenzaron a fortalecerse a mediados de la década de 1980, periodo en el que también se consolidaban los estudios de género. Ambos procesos se convirtieron en referentes importantes para el desarrollo de enfoques de planificación y desarrollo sensibles a las diferencias de género, contribuyendo a establecer bases analíticas para comprender las desigualdades entre hombres y mujeres (Viegas, 2013).

Desde la formación de las primeras organizaciones, alrededor del año 2008, los movimientos de mujeres y feministas ejercieron una influencia significativa en la manera en que el Estado comenzó a proteger y considerar los derechos de las mujeres. Esto representó un avance importante para la creación de políticas públicas y leyes orientadas a promover la igualdad entre hombres y mujeres. Entre estos avances destaca la creación del Instituto Salvadoreño para el Desarrollo de la Mujer en 1996, así como la implementación de la Primera Política Nacional de la Mujer, desarrollada entre 1997 y 1999. Posteriormente, a partir de 2009, se consolidaron avances significativos impulsados por la Ley de Igualdad, Equidad y Erradicación de la Discriminación contra las Mujeres (LIE) y por el fortalecimiento del ISDEMU como institución rectora de las políticas públicas relacionadas con los derechos de las mujeres (Navas, 2017).

La equidad de género, analizada desde una perspectiva amplia y social, es reconocida como un principio relevante para el desarrollo humano, ya que permite identificar y confrontar desigualdades históricas que han limitado las oportunidades de las mujeres para participar de manera equitativa en la vida social y económica. Este principio implica no solo reconocer la participación de las mujeres, sino también promover intervenciones orientadas a transformar las estructuras que reproducen la desigualdad (Lagarde, 1996).

A través de esta perspectiva se establece un punto de partida para comprender el emprendimiento femenino. Desde este enfoque, las iniciativas emprendidas por las mujeres no dependen únicamente de las capacidades individuales o de la realización personal, sino también de las relaciones de poder construidas históricamente y reforzadas culturalmente. En ese sentido, el emprendimiento no se configura solo como una estrategia económica, sino también como un espacio potencial de empoderamiento, transformación social y reivindicación de derechos.

La dimensión emocional del emprendimiento: inteligencia emocional y autoeficacia

En la comprensión del comportamiento emprendedor resulta cada vez más evidente la estrecha relación entre los procesos racionales y emocionales. Diversos procesos mentales provienen de la integración entre las dimensiones cognitivas y afectivas de una persona, como el aprendizaje, la toma de decisiones y la adaptación a situaciones y espacios difíciles. Diversos estudios señalan que el proceso de aprendizaje y desarrollo personal se fortalece cuando ambos ámbitos interactúan de manera integrada. Esta relación, observada desde la psicología social, adquiere especial relevancia para comprender el emprendimiento, ya que se vincula con la autoeficacia y con la manera en que las personas creen en su propia capacidad para organizarse y llevar a cabo acciones orientadas al alcance de sus objetivos de desarrollo (Clemente y Apaza, 2019).

La inteligencia emocional constituye una forma de interactuar con el entorno en la que se integran el reconocimiento y la gestión de los propios sentimientos, así como la comprensión de las emociones de los demás. Esta capacidad abarca habilidades como el control de impulsos, la autoconciencia, la motivación, el entusiasmo, la perseverancia, la flexibilidad cognitiva y la adaptación social, todas necesarias para enfrentar los desafíos del ámbito laboral y emprendedor (García y Giménez, 2010). Por ejemplo, una estudiante universitaria que inicia un emprendimiento de tutorías matemáticas puede enfrentar dificultades iniciales para captar clientes debido a que su trabajo no es tomado en serio, situación que afecta su estado de ánimo y autoestima. No obstante, al reconocer y regular sus emociones mediante la inteligencia emocional, logra mantener la motivación y evaluar de manera realista sus capacidades. Esta regulación emocional fortalece su creencia de que posee las capacidades necesarias para guiar, organizar y ejecutar acciones orientadas a mejorar su proyecto, lo que se traduce en mayor perseverancia, toma de decisiones más ajustadas y un manejo más adecuado de las demandas. A partir de ello, se evidencia cómo la inteligencia emocional resulta tan relevante como la inteligencia racional, entendida esta última como la capacidad de procesar información objetiva y establecer relaciones lógicas, siendo ambas necesarias para un desempeño profesional efectivo (Pérez, 2010).

El concepto de inteligencia emocional fue introducido en la década de 1990 por Salovey y Mayer, con el propósito de explicar la relación entre las cualidades emocionales y el éxito personal. Con el paso del tiempo, este enfoque se amplió incorporando componentes como rasgos personales, habilidades sociales, capacidades adaptativas y elementos motivacionales, configurando una visión más integral del desempeño humano (Torres Gómez *et al.*, 2019). Desde esta perspectiva, Goleman destaca la importancia de las habilidades personales y sociales en el entorno laboral, al evidenciar que estas capacidades impactan directamente en la calidad de las relaciones interpersonales, el trabajo en equipo y la capacidad para afrontar el estrés y la frustración de manera eficaz. La inteligencia emocional facilita la toma de decisiones, la resolución de conflictos y la respuesta

constructiva ante la crítica, aspectos especialmente relevantes en contextos emprendedores caracterizados por la incertidumbre (Torres Gómez *et al.*, 2019).

Al hablar de emprendimiento, la inteligencia emocional desempeña un papel relevante al permitir gestionar experiencias de estrés, frustración o conflicto y transformarlas en emociones positivas que favorecen la motivación y, en consecuencia, un mayor compromiso con los objetivos planteados. Bajo este enfoque teórico, Goleman identifica cinco dimensiones básicas de la inteligencia emocional en el contexto organizacional: el autoconocimiento, vinculado al reconocimiento de fortalezas y debilidades; la autogestión, relacionada con la regulación emocional; la motivación, orientada al logro de metas; la empatía, entendida como la capacidad de comprender las emociones propias y ajenas; y las habilidades sociales, necesarias para establecer relaciones basadas en la confianza y el respeto (EAE Business School, 2021). En el emprendimiento, donde la gestión emocional impacta directamente en la sostenibilidad y el desarrollo del negocio, estas dimensiones adquieren una incidencia significativa.

En el caso del emprendimiento femenino, la inteligencia emocional se manifiesta como un conjunto de factores emocionales, personales y sociales que facilitan la gestión de demandas laborales, la resolución de conflictos y la interacción con distintos actores del entorno. Un desarrollo adecuado de estas competencias puede favorecer los resultados del emprendimiento al contribuir a un manejo efectivo de las emociones propias y ajenas, mientras que niveles bajos de inteligencia emocional pueden dificultar dichos procesos (Véliz *et al.*, 2019).

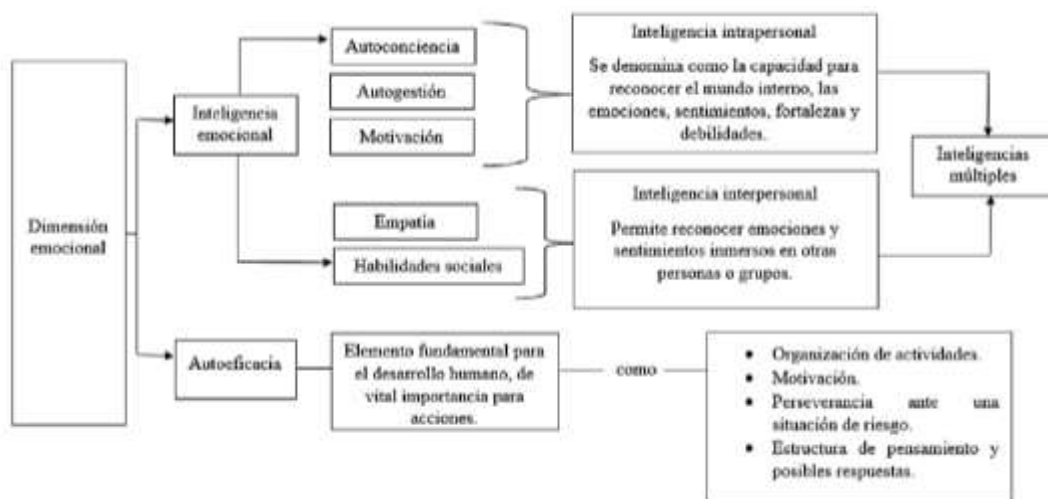
Las diferencias culturales entre hombres y mujeres influyen en la manera en que las personas aprenden y ponen en práctica sus habilidades socioemocionales, aspecto que desmiente la idea de una supuesta diferencia biológica entre sus cerebros. En este sentido, la empatía constituye una de las herramientas más relevantes que las mujeres pueden aportar al trabajo en equipo y al liderazgo emprendedor. Este hecho no responde a un componente biológico, sino a las diferencias en los procesos de crianza entre hombres y mujeres, históricamente influenciados por roles tradicionales asignados al sexo femenino. La empatía, entendida como capacidad de escucha, comprensión y mediación, resulta importante para la convivencia, la resolución de conflictos y el fortalecimiento de equipos de trabajo, tanto en emprendimientos como en organizaciones formales (Hernández, 2021).

La estrecha relación entre inteligencia emocional e inteligencias múltiples fortalece la comprensión de la participación de los procesos emocionales en el emprendimiento. Las inteligencias intrapersonal e interpersonal propuestas por Gardner se relacionan con las dimensiones personales y sociales de la inteligencia emocional desarrolladas por Goleman. Gardner definió la inteligencia intrapersonal como la capacidad de autoconocimiento profundo, permitiendo comprender las propias emociones, fortalezas, debilidades,

pensamientos y motivaciones para utilizarlos a favor propio, gestionar el comportamiento y establecer metas realistas. Por su parte, la inteligencia interpersonal corresponde a la capacidad de comprender, interactuar y relacionarse eficazmente con los demás, aspectos necesarios para el desarrollo de relaciones sociales efectivas en el ámbito emprendedor (Macías, 2002). Estas aproximaciones pueden comprenderse de manera integrada a partir del esquema conceptual presentado (véase Figura 1).

Figura 1

Relación entre inteligencia emocional, inteligencias múltiples y autoeficacia



Nota. Elaboración propia con base en los planteamientos de Macías (2022).

Como complemento a esto, la autoeficacia emerge como una percepción relevante dentro de la dimensión emocional del emprendimiento. La autoeficacia corresponde a la creencia que un individuo posee sobre su capacidad para organizar y ejecutar acciones orientadas al logro de objetivos, influyendo en aspectos como la motivación, la perseverancia ante el riesgo y la estructura del pensamiento (Bandura, 1977, como se citó en Moriano *et al.*, 2012). A través de estudios sobre la autoeficacia emprendedora se ha identificado la relevancia que esta posee en dicho ámbito, ya que influye directamente en la iniciativa de las personas para crear y desarrollar una empresa por cuenta propia.

La autoeficacia emprendedora se distingue por diversos componentes, como la capacidad para reconocer nuevas oportunidades de mercado, la creación de entornos innovadores, la gestión de relaciones con inversores y la claridad en los objetivos del negocio. Dichos componentes permiten desarrollar tanto la creatividad y la adaptación al cambio como la tolerancia a la ambigüedad y la capacidad de trabajar en contextos de incertidumbre (Moriano *et al.*, 2006).

A través de la perspectiva de género, distintos estudios muestran cómo la autoeficacia puede influir de manera particular en la intención emprendedora de hombres y mujeres. Bagheri y Akmaliah (2014) sugieren que, en ciertos contextos, la autoeficacia tiene un mayor impacto en la intención de emprender de los hombres que en la de las mujeres; sin embargo, esta diferencia no debe interpretarse como un rasgo inherente al género, sino como el resultado de condiciones estructurales, como la discriminación laboral y el acceso desigual a recursos. Al reducirse estas brechas, se amplían las oportunidades para fortalecer la autoeficacia emprendedora femenina (Sánchez *et al.*, 2012).

Desde esta perspectiva, la dimensión emocional del emprendimiento permite comprender que el éxito emprendedor no depende exclusivamente de factores externos, como los económicos o técnicos, sino también de un conjunto de habilidades internas que posibilitan tomar decisiones, sostener proyectos a largo plazo y enfrentar desafíos estresantes de manera eficaz.

Inteligencia emocional y liderazgo en el emprendimiento

Al emprender, el liderazgo constituye una de las habilidades que permite orientar los procesos de gestión, toma de decisiones y proyección de resultados. El liderazgo va más allá de las competencias técnicas de una persona, ya que incorpora una dimensión emocional que incide directamente en la manera en que se organizan los equipos de trabajo, se enfrentan los desafíos y se sostienen los proyectos en contextos de incertidumbre. A partir de ello, la inteligencia emocional es comprendida como una capacidad necesaria en la construcción de estilos de liderazgo efectivos dentro de los procesos de desarrollo y ejecución del emprendimiento.

La inteligencia emocional se define como un conjunto de capacidades y habilidades personales que influyen en la forma en que las personas se comprenden a sí mismas y se relacionan con los demás. Dentro de esta capacidad se distinguen elementos relevantes para el ejercicio del liderazgo: la autoconciencia, la autogestión, la conciencia social y la empatía. Estas competencias permiten comprender el liderazgo no solo como una función organizativa, sino también como un proceso relacional que articula dimensiones emocionales, cognitivas y sociales (Goleman, 2013, como se citó en Guijarro y Aguirre, 2015).

Dentro de las dimensiones de la inteligencia emocional se encuentra la autoconciencia, entendida como la capacidad de reconocerse a sí mismo, identificar virtudes y limitaciones propias, así como comprender el impacto que estas tienen en el desempeño laboral y en la dinámica del equipo. Al ejercer un liderazgo basado en la autoconciencia, una emprendedora posee la capacidad de reconocer errores, asumir responsabilidades y generar procesos de

mejora continua. Por ejemplo, doña Juana, una emprendedora salvadoreña que posee una pupusería en su colonia, identifica que cuando su local se llena se pone tensa y termina dando indicaciones apresuradas a su equipo, situación que provoca confusión, errores y molestias entre sus colaboradores. Al reconocer este comportamiento, decide organizar mejor los turnos y la forma en que brinda las instrucciones. Esto le permite mejorar el ambiente de trabajo y atender de mejor manera a los clientes, evidenciando cómo la autoconciencia favorece un liderazgo más cercano y procesos de mejora dentro de su emprendimiento.

Por otro lado, la autogestión se vincula con el autocontrol emocional y la capacidad de regular las propias reacciones frente a situaciones difíciles. La autogestión permite a los líderes enfrentar situaciones estresantes, desconocidas o de incertidumbre sin transferir estas problemáticas al equipo de trabajo y, de esta manera, evitar la creación de ambientes laborales hostiles. Asimismo, favorece la adaptabilidad, la iniciativa y la generación de soluciones ante problemas emergentes que, en contextos emprendedores, resultan especialmente relevantes debido a los cambios constantes y a la necesidad de tomar decisiones veloces (Goleman, 2013, como se citó en Guijarro y Aguirre, 2015).

La conciencia social corresponde a la capacidad de comprender las necesidades, expectativas y emociones de los demás. Un líder con un alto nivel de conciencia social posee mayores posibilidades de interactuar positivamente con su equipo de trabajo. La comunicación asertiva, la sensibilidad ante las dinámicas grupales y la habilidad para canalizar los requerimientos del equipo hacia objetivos comunes son algunas de las capacidades asociadas a esta dimensión humana. En un contexto emprendedor, la conciencia social favorece la construcción de relaciones de confianza y colaboración, elementos relevantes para el sostenimiento de proyectos colectivos.

Finalmente, dentro de las dimensiones de la inteligencia emocional en el emprendimiento, se encuentra la empatía, entendida como la capacidad de identificarse con los demás, compartir una visión común y generar un sentido de pertenencia dentro del equipo. Al ejercer un liderazgo empático, una persona no solo orienta sus acciones al logro de objetivos, sino también al desarrollo de habilidades y potencialidades de su equipo de trabajo. Desde esta perspectiva, el líder actúa como mediador de conflictos, promotor del cambio y facilitador de procesos de aprendizaje, reconociendo que el crecimiento del emprendimiento se encuentra estrechamente vinculado con el crecimiento humano de quienes lo conforman (Goleman, 2013, como se citó en Guijarro y Aguirre, 2015).

Liderazgo femenino desde la inteligencia emocional

En el campo económico, ya sea dentro de organizaciones formales o en emprendimientos y negocios de carácter informal, el liderazgo ocupa un lugar relevante en el fortalecimiento del empoderamiento femenino. No se limita únicamente a ordenar o dirigir procesos, pues cumple, además, una función estratégica. A través de él se abren caminos para reducir brechas de género e impulsar condiciones más justas, especialmente en el acceso de las mujeres a oportunidades laborales, económicas y sociales.

El liderazgo no es un concepto cerrado ni fácilmente definible. Su complejidad radica en que ha sido abordado desde perspectivas distintas, que ponen el acento en la personalidad, el contexto y las formas de interacción humana. Bonifaz Villar (2012) plantea que esta variedad de definiciones responde a la riqueza teórica del liderazgo y explica por qué los autores coinciden en el fenómeno, pero difieren en los elementos que priorizan. En este ensayo se recuperan algunas de estas aproximaciones, no con el propósito de agotar el tema, sino por su aporte específico a la comprensión del liderazgo femenino en contextos emprendedores.

Liderar desde la inteligencia emocional, en la práctica, implica saber manejarse a uno mismo antes de querer manejar a los demás. Significa entender que no todo se resuelve mandando o imponiendo, sino leyendo el ambiente, escuchando y tomando decisiones con calma (Goleman, 2013). En los espacios de trabajo y en los emprendimientos, este tipo de liderazgo contribuye a fortalecer la colaboración, favorecer la confianza y sostener relaciones de trabajo positivas.

Para Burns (1996), el liderazgo generalmente se desarrolla entre personas distintas, con intereses, tensiones y formas de pensar que no siempre coinciden. Además, señala que oscila entre dos enfoques clasificables. Por un lado, están quienes lideran a partir de acuerdos y resultados, es decir, los transaccionales; por otro, quienes prefieren motivar, acompañar y dar ejemplo, denominados transformacionales. Muchas mujeres se desenvuelven más en este segundo estilo, donde lo importante no es únicamente que las cosas se hagan, sino que quienes participan se sientan parte del proceso (Toledo *et al.*, 2016).

Según diversas investigaciones, en el día a día es común observar a mujeres dirigiendo desde la cercanía y el trabajo en conjunto. No se trata de evitar decisiones difíciles, sino de tomarlas sin perder de vista a las personas y manteniendo el foco en el logro de objetivos. Macedo Tovar y González Rosas (2017) vinculan este enfoque con el liderazgo transformacional, pues fomenta la participación y apuesta por relaciones de confianza. A partir de ello, se comprende el liderazgo femenino no como uno que puede medirse únicamente por metas cumplidas y resultados cuantificables, sino por la manera en que integra distintos

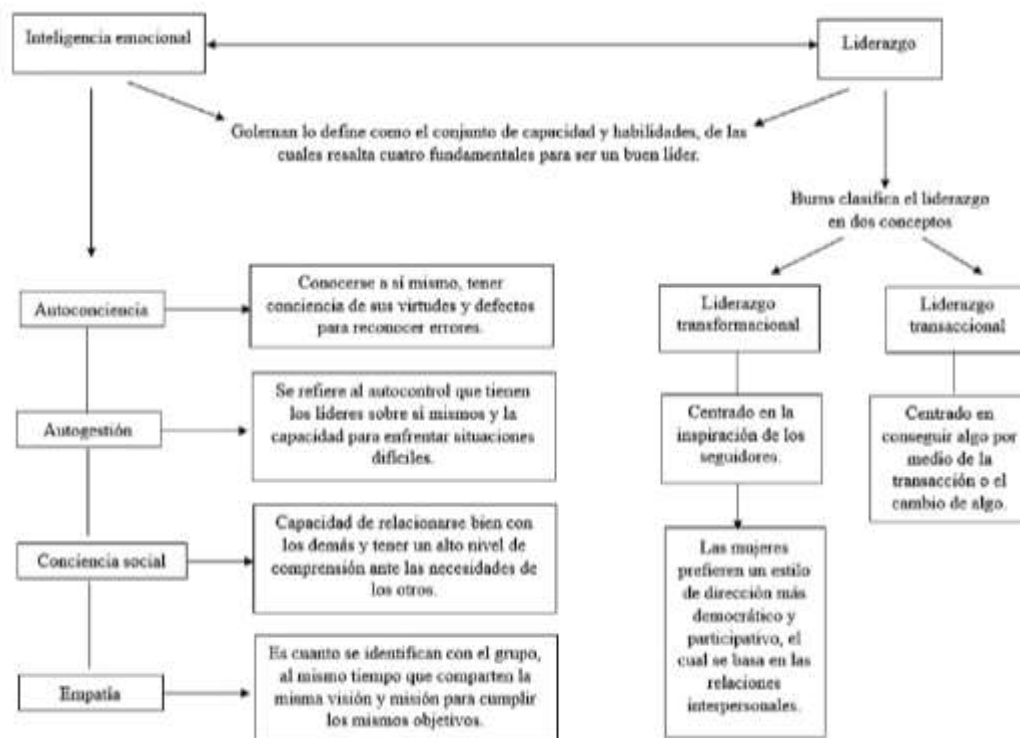
componentes en los que los equipos trabajan, se apoyan y salen adelante juntos, dando como resultado una cohesión genuina.

En este escenario, cobra sentido reconocer que la integración social y económica de las mujeres no depende únicamente de cambios individuales. También exige transformaciones más amplias, especialmente en las culturas organizacionales y en los marcos sociales que las sostienen. Articular las nociones tradicionales de éxito, responsabilidad y compromiso con valores como la libertad, la flexibilidad y la corresponsabilidad abre la posibilidad de construir contextos más equitativos para mujeres y hombres.

Sin embargo, cuando los estilos de liderazgo se vinculan con atributos históricamente catalogados como femeninos, las mujeres suelen quedar expuestas a mayores niveles de escrutinio y evaluación. Esto las sitúa en entornos organizacionales atravesados por la ambigüedad y la exigencia permanente (Pizarro y Guerra, 2010), tensión que se refleja en la relación conceptual entre inteligencia emocional y liderazgo (véase Figura 2).

Figura 2

Relación conceptual entre inteligencia emocional y estilos de liderazgo



Nota. Elaboración propia con base en los planteamientos de Goleman (2013) y Burns (1996).

La relación entre la inteligencia emocional y el liderazgo no surge de manera casual. Daniel Goleman la desarrolla con profundidad cuando, luego de su obra inicial sobre inteligencia emocional, enfatiza que liderar adecuadamente implica algo más que habilidades técnicas y señala que requiere un trabajo consciente sobre competencias emocionales específicas. En este punto, tanto Goleman como Burns coinciden en una misma idea: las mujeres suelen mostrar mayor afinidad con estilos de liderazgo transformacional.

Se trata de formas de liderazgo en las que la participación, la empatía y el cuidado de los vínculos interpersonales no se consideran elementos añadidos, sino componentes propios del proceso. Esto adquiere especial relevancia en contextos de emprendimiento, donde las relaciones humanas, el clima de trabajo y la confianza suelen marcar la diferencia entre sostener un proyecto o verlo fracasar.

Empoderamiento y fortalecimiento de las mujeres en el emprendimiento

Para efectos de esta reflexión, el empoderamiento se comprende a partir de un diálogo teórico entre los planteamientos de Rappaport (1984) y Montero (2006). Ambos autores coinciden en entenderlo no como un estado fijo, sino como un proceso en constante movimiento, donde se entrelazan lo individual y lo colectivo. Visto de esta manera, empoderarse implica que personas, organizaciones y comunidades asuman un papel activo sobre sus propias vidas. Supone reconocer los recursos disponibles, como capacidades personales, vínculos sociales y apoyos comunitarios, y utilizarlos de manera consciente dentro del entorno en el que se desenvuelven (Silva y Loreto, 2004).

El empoderamiento femenino adquiere especial relevancia cuando se observa desde el emprendimiento. No solo porque implique iniciar o sostener un proyecto propio, sino porque ese proceso suele desarrollarse en medio de exigencias adicionales que continúan recayendo sobre las mujeres, tanto en el ámbito doméstico como en el social. Como señala Funes (2021), aun cuando los niveles de emprendimiento entre hombres y mujeres puedan parecer similares, en el caso de ellas el recorrido suele ser más demandante. La razón no es menor: la carga de responsabilidades de cuidado y del hogar continúa estando, en gran medida, sobre sus hombros. Desde esa perspectiva, el empoderamiento económico deja de ser un concepto abstracto y se convierte en una condición necesaria para avanzar hacia la igualdad de género, en la medida en que posibilita mayores márgenes de autonomía mediante un acceso más justo a recursos y oportunidades (OXFAM Internacional, 2017).

Hablar de empoderamiento femenino es referirse a un camino que se construye a partir de decisiones pequeñas, pero firmes. Se manifiesta cuando una mujer comienza a confiar en su criterio, a defender lo que desea y a no aceptar como normales situaciones que la colocan en desventaja. Empoderarse también implica tener acceso a recursos, información y apoyo para transformar realidades que durante años se han vivido en silencio (Aldana, 2005). En ese

recorrido, el respaldo externo marca una diferencia importante. Las organizaciones sociales suelen convertirse en un espacio de apoyo, porque acompañan, orientan y abren oportunidades; además, cuando logran trabajar de manera articulada con el Estado, ese esfuerzo deja de ser aislado y se transforma en acciones más amplias a favor de la igualdad (ONU Mujeres, 2011).

Entre los principios orientados a fortalecer el empoderamiento se encuentran, en primer lugar, la promoción de liderazgos realmente comprometidos con la igualdad de género. A ello se suma la necesidad de garantizar igualdad de oportunidades y de propiciar entornos laborales seguros, donde no tengan cabida la discriminación ni la violencia. Estos principios no apuntan únicamente a mejorar las condiciones de trabajo en un sentido operativo; buscan, más bien, abrir espacios que permitan el desarrollo integral de las mujeres, considerando de forma articulada las dimensiones personal, social y económica de sus trayectorias (ONU Mujeres, 2011).

Desde una mirada complementaria, resulta importante traer a cuenta el fortalecimiento comunitario, tal como lo plantea Montero (2006), porque permite comprender el empoderamiento más allá de lo individual y situarlo en un plano colectivo. Se trata de un proceso en el que las personas y las comunidades desarrollan capacidades para ejercer un control consciente y crítico sobre las condiciones que atraviesan su vida cotidiana. Ese control no es pasivo, ya que se traduce en acciones orientadas a transformar el entorno a partir de necesidades reales y metas compartidas. En el contexto salvadoreño, este enfoque adquiere especial relevancia, pues facilita analizar las barreras estructurales, relacionales, materiales, cognitivas, personales y perceptivas que continúan limitando el empoderamiento económico de las mujeres.

Desde esta perspectiva, el emprendimiento femenino no puede entenderse únicamente como una vía para generar ingresos. Más bien, se presenta como un espacio donde se construye autonomía, se desarrollan capacidades y se fortalecen redes de apoyo, ya que, en ese recorrido, las mujeres no solo producen, sino que también se posicionan y se reconocen como agentes activas de su propio proceso. Es entonces cuando la articulación entre empoderamiento y fortalecimiento adquiere sentido, porque permite comprender el emprendimiento como un proceso integral. Por ello, no se limita al ámbito económico, sino que incorpora dimensiones sociales, emocionales y comunitarias vinculadas con el desarrollo sostenible de las mujeres salvadoreñas. De esta manera, se configura como un camino que trasciende lo productivo y se vincula con la transformación personal y colectiva.

Relevancia social y académica del emprendimiento femenino

Cuando se habla de emprendimiento femenino en El Salvador, no se puede reducir el tema a números o ingresos. Empezar, para muchas mujeres, es una decisión que nace en medio

de presiones, responsabilidades y pocas opciones reales. Aun así, sigue existiendo la idea de que una mujer emprende solo porque «le tocó» o «porque lo necesita», como si no hubiera pensamiento, visión o estrategia detrás. Esa mirada es limitada y no refleja lo que ocurre en la realidad. No abordar esta temática desde una mirada analítica impide dar respuesta desde lo público, específicamente en la formulación de políticas orientadas a generar condiciones más equitativas que favorezcan el desarrollo económico y social de las mujeres emprendedoras.

En la cotidianidad, el emprendimiento se ha vuelto una forma concreta o una herramienta factible para sostener hogares. No porque sea fácil, sino porque el trabajo formal no alcanza para suplir las necesidades mínimas. Muchas mujeres en El Salvador se mueven en la informalidad porque ahí encuentran una oportunidad inmediata para generar ingresos, aunque eso signifique inestabilidad y falta de protección (Zelaya, 2021). Emprender, en estos casos, no es un plan ideal; es una respuesta a la aspereza y precariedad de la calidad de vida existente.

Las razones que empujan a tantas mujeres a emprender son varias y se entrelazan entre sí. Entre ellas se encuentran la falta de empleo estable, el poco acceso a créditos, la escasa formación en temas empresariales y la ausencia de apoyo institucional. Todo ello obliga a buscar caminos propios. El problema es que esas mismas limitaciones hacen que muchos emprendimientos apenas logren sostenerse; los restringen e impiden que crezcan como podrían hacerlo (Zelaya, 2021).

Con base en una encuesta realizada en el año 2015, se establece que, en El Salvador, el 19.5 % de las personas salvadoreñas son emprendedoras en etapa temprana; el 6.2 % lo son por necesidad y el 13.2 % por oportunidad. En las zonas rurales de El Salvador, para las mujeres el emprendimiento representa su principal ocupación; no obstante, se caracteriza por negocios nacientes que muchas veces no son suficientes para generar ingresos adecuados. Entre ellos se encuentran puestos de pupusas y comida típica, venta de frutas y verduras, dulces típicos y artesanías nacionales, entre otros. Sin embargo, la razón por la que el emprendimiento es reconocido como la principal ocupación de las mujeres salvadoreñas que habitan en zonas rurales no se debe a las oportunidades ni al acceso a los recursos necesarios, ni mucho menos a la existencia de programas o ayudas gubernamentales. Esta realidad es consecuencia del menor número de empleos disponibles en los sectores de comercio y servicios en las zonas rurales, que son los que absorben la mayor parte del empleo femenino (GEM, 2015, como se citó en Martínez Cortez *et al.*, 2021).

Aun con esas dificultades, el panorama no es inmutable, pues en los últimos años se ha observado a mujeres más preparadas, con experiencia laboral y con una mayor participación en espacios de decisión. Muchas emprenden desde lo que saben hacer, desde lo que han aprendido trabajando o estudiando. Este cambio ha despertado interés por comprender mejor

el emprendimiento femenino, los factores que intervienen e influyen en él dentro de la industria y las condiciones en las que se produce (Center For Women's Business Research, 2001, citado en Kelley *et al.*, 2011; Rodríguez *et al.*, 2016).

En el contexto salvadoreño, el forjamiento de una feminidad productiva y autosuficiente se enfrenta a una realidad dura, cargada de violencia y desigualdad. La violencia de género, la desigualdad económica y las limitaciones sociales siguen afectando directamente a las mujeres. Estas situaciones no solo impactan su vida personal, sino que también frenan su desarrollo económico, pues se oponen a un sistema de sometimiento que se favorece de su sumisión y dependencia. Sin embargo, ignorar el potencial de las mujeres en edad productiva representa desaprovechar una oportunidad importante para el país (Acosta, 2021).

Por eso, pensar en políticas y leyes con enfoque de género no es un lujo, sino una necesidad. El acceso a financiamiento, la capacitación y el acompañamiento no deberían ser excepciones, sino apoyos reales para quienes deciden emprender (Zelaya, 2021). Cuando estas condiciones existen, los beneficios no se limitan a la mujer emprendedora, sino que también alcanzan a su familia y a su comunidad. Entendido de esta manera, apoyar el emprendimiento femenino no se trata únicamente de una acción orientada a la igualdad; representa, además, una mejora social significativa que beneficia no solo a las mujeres, sino también al sistema económico, al progreso de la calidad de vida y, por tanto, a la población en general (Acosta, 2021).

Desde lo social y lo emocional, emprender también transforma. No se trata únicamente de vender o producir, sino de ganar confianza, tomar decisiones y romper con ideas que han limitado históricamente a las mujeres. Emprender implica ejercer derechos, asumir responsabilidades y ocupar espacios que antes parecían ajenos. En ese sentido, el empoderamiento se vive, no solo se define (Díaz, 2012).

Mirar el emprendimiento femenino desde esta perspectiva permite entenderlo como un proceso complejo, atravesado por dimensiones sociales, culturales y emocionales. No es solo economía; es vida cotidiana, esfuerzo constante y búsqueda de autonomía. Reconocerlo de esta manera abre la puerta a discusiones más honestas y a la construcción de condiciones más justas para las mujeres salvadoreñas y para el desarrollo del país.

En el contexto salvadoreño, esta transformación que implica el emprendimiento femenino se desarrolla dentro de una realidad atravesada por desigualdades de género, normas culturales y condiciones sociales que influyen directamente en la experiencia de las mujeres. Como se planteó anteriormente, el emprendimiento femenino no solo supone generar ingresos, sino también disminuir estereotipos tradicionales, redistribuir responsabilidades domésticas y de cuidado, y construir entornos donde el apoyo social y el acceso a recursos,

como financiamiento o capacitación, sean genuinamente accesibles para las mujeres salvadoreñas, especialmente en contextos de mayor vulnerabilidad.

En este sentido, los procesos de empoderamiento y transformación mediante el emprendimiento no ocurren de manera aislada, sino que se configuran a través de tensiones, esfuerzos cotidianos, toma de riesgos, desafíos, valentía y aprendizajes constantes. La búsqueda de autonomía económica se entrelaza con la necesidad humana y social de reconocimiento e igualdad, así como con la posibilidad de redefinir los roles históricamente asignados a las mujeres. De esta manera, el emprendimiento trasciende su dimensión económica y se convierte en una experiencia profundamente social, cultural y emocional.

Reflexiones finales

El análisis de los diversos componentes socioculturales que rodean el emprendimiento femenino en El Salvador revela la manera en que este fenómeno posee una profundidad mucho mayor que la perspectiva técnica, de necesidad económica, empoderamiento y éxito social desde la cual suele percibirse. El emprendimiento femenino salvadoreño se configura como una práctica situada, compleja y profundamente construida por estructuras sociales marcadas por la desigualdad, la exclusión y la violencia de género.

El emprendimiento femenino, como se ha planteado a través del presente ensayo, surge como una herramienta de subsistencia y resistencia empleada por las mujeres salvadoreñas con el propósito de enfrentar la precariedad estructural nacional. La decisión de emprender no siempre es impulsada por un deseo genuinamente propio. Detrás de esta decisión se encuentra un conjunto de factores personales, familiares, culturales, económicos y políticos que condicionan las posibilidades de las mujeres para desenvolverse en la sociedad salvadoreña y alcanzar niveles de desarrollo similares a los de sus pares.

Estas dinámicas se desarrollan dentro de un contexto salvadoreño caracterizado por oportunidades limitadas de empleo formal, altos niveles de informalidad y una estructura social que continúa asignando a las mujeres la mayor parte de las responsabilidades de cuidado, sin reconocer plenamente su desempeño y desenvolvimiento a lo largo de la historia nacional. Sin embargo, esta desigualdad no se limita únicamente al acceso a trabajos formales como uno de los factores que impulsan el emprendimiento. A ello se suman condiciones como la inseguridad en determinados territorios y la ausencia de redes de apoyo sólidas, especialmente en sectores rurales. Estas realidades no solo condicionan la decisión de emprender, sino también la forma en que los emprendimientos se sostienen y evolucionan en el tiempo, evidenciando que el emprendimiento femenino en El Salvador no puede entenderse al margen de las condiciones materiales, simbólicas y sociales que configuran la vida cotidiana de las mujeres.

Por ejemplo, Daniela es una madre de tres hijos que reside en el municipio de Huizúcar, departamento de La Libertad. Debido a la responsabilidad de cuidar a sus hijos e incluso a su suegra de avanzada edad, se ve obligada a renunciar al ejercicio de la profesión en cuya formación invirtió tiempo y dedicación. Su esposo es el único miembro de la familia que aporta ingresos para cubrir los gastos del hogar, por lo que la economía familiar apenas logra satisfacer las necesidades básicas de todos sus integrantes. Ante esta situación, Daniela, buscando mejorar la calidad de vida de su familia y dentro de los roles y responsabilidades que asume como madre, decide emprender mediante la instalación de un comedor en su vivienda.

A partir de estas condiciones, el emprendimiento femenino no puede describirse de manera homogénea. Este adopta diversas formas según la realidad de cada mujer salvadoreña, integrando simultáneamente decisiones, oportunidades y limitaciones que se configuran en la cotidianidad, a través de la interacción entre responsabilidades familiares, necesidades económicas y recursos disponibles. Desde esta perspectiva, cada emprendimiento refleja una historia particular, determinada por esfuerzos, problemáticas, deseos y estrategias de adaptación que permiten a las mujeres salvadoreñas sostenerse dentro de contextos que, en muchas ocasiones, resultan desfavorables para su desenvolvimiento y éxito individual y social.

Con la ayuda de la perspectiva psicosocial, se han logrado evidenciar distintas dimensiones que suelen quedar al margen de los enfoques economicistas tradicionales. En especial, aquellas vinculadas a la acción motivada por factores subjetivos, las habilidades socioemocionales, la construcción del liderazgo y los procesos de empoderamiento. No obstante, desde esta mirada, la resiliencia de las mujeres emprendedoras no es romantizada ni idealizada; por el contrario, se comprende a partir de las dificultades y los sacrificios que acompañan su realidad. Un ejemplo de ello es la situación de muchas mujeres que deben sostener simultáneamente un negocio, un hogar, una familia y un proyecto de vida.

Al conectar la inteligencia emocional y la autoeficacia como categorías analíticas del entorno, se ha evidenciado, a través de este marco, por qué un considerable número de mujeres logra sostener sus emprendimientos aun cuando se encuentra en contextos de alta vulnerabilidad. Al mismo tiempo, también permite comprender por qué otras enfrentan barreras que rebasan sus capacidades personales. Las competencias emocionales alcanzadas gracias a la experiencia cotidiana, y no mediante educación teórica, surgen como recursos psicosociales para la toma de decisiones, la gestión de conflictos, la capacidad de adaptación y la perseverancia frente a la incertidumbre. Por ejemplo, una mujer salvadoreña que trabaja por cuenta propia en un servicio de costura ha logrado sostener su emprendimiento porque, a partir de la experiencia diaria con clientes, ha desarrollado la capacidad de manejar el estrés, adaptarse a cambios en los pedidos y confiar en su habilidad para organizar su trabajo. Sin embargo, otra mujer que realiza el mismo tipo de actividad, en un contexto de alta carga

familiar y sin redes de apoyo, enfrenta mayores dificultades para mantener su emprendimiento, lo que evidencia que las competencias emocionales constituyen recursos valiosos, aunque no siempre suficientes frente a barreras estructurales.

Gracias a estos planteamientos, el liderazgo femenino transformacional puede ser entendido como un estilo que no solo fortalece la gestión de los emprendimientos, sino que también contribuye a la transformación cultural de los entornos donde se decide emprender. En un país donde los estilos de liderazgo tradicionales suelen reproducir jerarquías y formas verticales de poder, las mujeres emprendedoras se posicionan como actrices de cambio que aportan nuevas formas de construir autoridad, confianza y compromiso colectivo.

Por otro lado, hablar de empoderamiento femenino no puede reducirse a la idea simplificada de «creérsela más» o trabajar la autoestima de manera individual. En la práctica, y sobre todo en el ámbito comunitario, el empoderamiento se construye en movimiento, de forma colectiva y en medio de relaciones de poder que muchas veces juegan en contra. Empoderarse implica disputar espacios, exigir derechos históricamente negados y aprender a utilizar y defender los recursos personales, sociales y políticos que permiten transformar condiciones de desigualdad profundamente arraigadas. En El Salvador, este camino continúa siendo complejo. Las mujeres se enfrentan diariamente a barreras económicas, culturales y legales que limitan su autonomía y les recuerdan constantemente los límites que el sistema les impone.

Una constante es la manera en que algunas instituciones intentan maquillar el problema, anunciando y promoviendo una equidad de género que, en la práctica, no existe. Estas acciones no solo resultan ineficaces, sino que también contribuyen a perpetuar la problemática. Lo que realmente se requiere es incorporar de manera genuina la perspectiva de género en todo el proceso relacionado con el emprendimiento femenino, desde el diseño y la implementación hasta la evaluación de programas. Desde esta mirada integral, resulta importante considerar el acceso a financiamiento, capacitación, redes de apoyo y mecanismos de protección frente a la violencia. Estas condiciones no pueden constituir el privilegio de unas pocas, sino un derecho y, sobre todo, una realidad para todas aquellas mujeres que deciden emprender como una forma de construir una vida más digna para sí mismas y sus familias.

También es pertinente preguntarse si desde la educación superior se está enseñando a comprender el emprendimiento femenino como algo más que un negocio o una fuente de ingresos. Para muchas mujeres en El Salvador, emprender es una forma de afirmar quiénes son, de hacerse escuchar y de resistir dentro de un sistema que históricamente las ha mantenido al margen.

Por esta razón, se ha buscado exponer de manera insistente la realidad de esta práctica y comprender el emprendimiento femenino no como un fenómeno aislado, sino como una experiencia que se desarrolla diariamente en barrios, mercados y distintas comunidades de El Salvador, acompañada por innumerables esfuerzos que reflejan la búsqueda de oportunidades y reconocimiento. Reconocer e integrar a la mujer como una protagonista en los ámbitos económico, social y cultural no contribuye únicamente a reducir las brechas de desigualdad, sino que también permite avanzar hacia un país más justo, inclusivo y con oportunidades reales y dignas para toda la población.

Si se piensa de esta manera, emprender no consiste únicamente en «arreglárselas» frente a la necesidad; con certeza, constituye un tejido complejo donde se construye sentido, se crea y se transforma la propia vida y la de los demás. Ahí radica su relevancia; también ahí se encuentra el reto para quienes investigan, acompañan o diseñan políticas: mantener siempre presente la dignidad, la resiliencia y la complejidad de las mujeres que, día tras día, luchan y sacan adelante sus proyectos, enfrentando obstáculos con esfuerzo, visión y esperanza.

Referencias

- Acosta, S. (2021, 26 de julio). ONU Mujeres El Salvador: la igualdad de género es un buen negocio. *Swissinfo*. <https://www.swissinfo.ch/spa/onu-mujeres-el-salvador-la-igualdad-de-g%C3%A9nero-es-un-buen-negocio/46818396>
- Aldana, A. (2005). *Empoderamiento femenino: Alternativa ética del conflicto entre sexismo e identidad de género: Una oferta equitativa en las grietas económicas del sistema*. CIELAC, Centro Interuniversitario de Estudios Latinoamericanos y Caribeños; IDEHU, Instituto de Investigaciones y Desarrollo Humanístico; Universidad Politécnica de Nicaragua. <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/6485/1/aldana21.pdf>
- Amador, M., De Lucio, A., Estremadoyro, S. y García, Y. (2020). Estudio comparativo del empoderamiento de la mujer trabajadora en dos instituciones de educación superior, México-Perú. *Illustro*, Vol. 11, núm. 1, pp. 98–113. <https://doi.org/10.36901/illustro.v11i1.1310>
- Andino, G. E., Merino, J. O., Monge, A. M. y Schellenberger, A. G. (2018). Empresariedad femenina en El Salvador. Sector artesanal de los municipios de Nahuizalco e Ilobasco. *Realidad Empresarial*, (5), pp. 19–24. <https://doi.org/10.5377/reuca.v0i5.6105>
- Asamblea Legislativa de la República de El Salvador. (2011). *Ley de Igualdad, Equidad y Erradicación de la Discriminación contra las Mujeres* (Decreto Legislativo n.º 645). Instituto Salvadoreño para el Desarrollo de la Mujer. <https://isdemu.gob.sv/wp-content/uploads/2020/10/LIE.pdf>
- Asamblea Legislativa de la República de El Salvador. (2014). *Ley de Fomento, Protección y Desarrollo para la Micro y Pequeña Empresa* (Decreto Legislativo n.º 667). Diario

Oficial de la República de El Salvador.

<https://www.asamblea.gob.sv/sites/default/files/documents/decretos/B913BF6D-5023-4AE6-A028-B9C1789D2127.pdf>

Bagheri, A. y Pihie, Z. A. L. (2015). Factors influencing students' entrepreneurial intentions: The critical roles of personal attraction and perceived control over behavior. *International Journal of Management Science and Information Technology (IJMSIT)*, 16, pp. 16–28.

https://www.econstor.eu/bitstream/10419/178796/1/IJMSIT_y2015_i16_p016-028.pdf

Bonifaz Villar, C. (2012). *Liderazgo empresarial*. [Material académico]. Red Tercer Milenio.

https://www.academia.edu/download/60966009/Liderazgo_empresarial20191020-36833-na3vbk.pdf

Burns, J. S. (1996). Defining leadership: Can we see the forest for the trees? *Journal of Leadership Studies*, 3(2), pp. 148–157. <https://doi.org/10.1177/107179199600300212>

Chávez Paz, E. Y. y Suárez Quijano, J. C. (2017). *Inteligencia emocional e intención emprendedora de los estudiantes universitarios en la Facultad de Ciencias Empresariales de la Universidad Peruana Unión, filiales Lima, Juliaca y Tarapoto, 2016-II* [Tesis, Universidad Peruana Unión]. Repositorio.

<https://repositorio.upeu.edu.pe/items/d11c37c7-708a-4350-abff-d79069f7c866>

Clemente, F. M. y Apaza, Y. H. (2019). *Autoeficacia emprendedora y su relación con la inteligencia emocional de los egresados de la carrera de Administración de una universidad privada de la ciudad de Juliaca – 2019* [Tesis, Universidad Peruana Unión]. UPEU-Tesis. <https://hdl.handle.net/20.500.12840/409>

Comité para la Eliminación de la Discriminación contra la Mujer [CEDAW]. (2015). *Examen de los informes presentados por los Estados partes en virtud del artículo 18 de la Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer* [Informe]. <https://bit.ly/3HJtO6r>

Díaz, I. (2012). *Género y turismo alternativo: Aproximaciones al empoderamiento* [Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid]. Docta Complutense.

<https://hdl.handle.net/20.500.14352/48032>

EAE Business School. (2021, 12 de mayo). La inteligencia emocional en la empresa. *Retos en Supply Chain*. <https://retos-operaciones-logistica.eae.es/la-inteligencia-emocional-en-la-empresa/>

Encina Ayala, L. M. y López Méndez, G. (2021). Emprendedurismo femenino: Un estudio multicaso de factores que influyen en la intención emprendedora. *Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar*, 5(2), pp. 1642–1659.

https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v5i2.374

Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia [UNICEF]. (2017). *Perspectiva de género* (1.ª ed.). UNICEF.

- https://www.unicef.org/argentina/sites/unicef.org.argentina/files/2018-04/COM-1_PerspectivaGenero_WEB.pdf
- Funes, K. (2021, 21 de septiembre). El Salvador: promoverán el liderazgo de las mujeres en las empresas. *El Economista*. <https://www.eleconomista.net/actualidad/El-Salvador-promoveran-el-liderazgo-de-las-mujeres-en-las-empresas-20210921-0018.html>
- García Fernández, M. y Giménez Mas, S. I. (2010). La inteligencia emocional y sus principales modelos: Propuesta de un modelo integrador. *Espiral. Cuadernos del Profesorado*, 3(6), pp. 43–52.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3736408>
- García, O., García, A. y Arjona, A. (2016). El emprendimiento femenino: Un estudio multicaso de factores críticos en el noreste de México. *Revista Innovaciones de Negocios*, 13(25), pp. 23-46.
<https://revistainnovaciones.uanl.mx/index.php/revin/article/download/77/71>
- Global Entrepreneurship Research Association. (2013). *Global Entrepreneurship Monitor 2012 global report*. GEM Consortium. <https://www.gemconsortium.org/report/gem-2012-global-report>
- Goleman, D. (2013). *Liderazgo. El poder de la inteligencia emocional*. Ediciones B.
<https://elhacker.info/manuales/Libros%20emprendedores/LIDERAZGO%20-%20EL%20PODER%20DE%20LA%20INTELIGENCIA%20EMOCIONAL%20-%20DANIEL%20GOLEMAN.pdf>
- Guijarro, C. y Aguirre, A. (2015). *El empoderamiento de la mujer en la gestión administrativa en Quito. Año 2015* [Tesis doctoral, Universidad Internacional SEK]. Repositorio de la Universidad Internacional SEK Ecuador.
<https://repositorio.uisek.edu.ec/handle/123456789/1522>
- Gutiérrez, G. (2011). *El comportamiento emprendedor en El Salvador* [Tesis doctoral, Universidad de Cádiz]. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=51642>
- Hernández, C. (2021, 8 de marzo). La inteligencia emocional de la mujer. *Identidad Organizacional*. <https://identidadorganizacional.com/2021/noticias/la-inteligencia-emocional-de-la-mujer/>
- Kelley, D., Bosma, N. y Amorós, J. (2011). *Global Entrepreneurship Monitor 2010 global report* [Informe]. Babson College y Center for Women's Leadership at Babson (CWBR). <http://entrepreneurskapsforum.se/wp-content/uploads/2011/02/GEM-2010-Global-Report.pdf>
- Lagarde, M. (1996). La perspectiva de género. En *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia* (pp. 13–38). Ed. Horas y Horas.
https://catedraunescodh.unam.mx/catedra/CONACYT/08_EducDHyMediacionEscolar/Contenidos/Biblioteca/Lecturas-Complementarias/Lagarde_Genero.pdf
- Macías, M. A. (2002). Las múltiples inteligencias. *Psicología desde el Caribe*, 10, pp. 27–38. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=21301003>

- Martínez Cortez, E., Ortiz López, J., Palacios Rodríguez, D. y Portillo Chacón, D. (2021). Una aproximación a la situación de las emprendedoras rurales. *Realidad Empresarial*, 11, pp. 9–15. <https://doi.org/10.51378/reuca.v0i11.6169>
- Montero, M. (2006). *Teoría y práctica de la psicología comunitaria: La tensión entre comunidad y sociedad* (3.ª reimp.). Paidós. https://www.academia.edu/download/31743039/Teoria_y_practica_de_psicologia_comunitaria.pdf
- Moriano, J., Palací, F. y Morales, J. (2006). Adaptación y validación en España de la escala de autoeficacia emprendedora. *Revista de Psicología Social*, Vol. 21, pp. 51–64. <https://doi.org/10.1174/021347406775322223>
- Moriano, J. A., Topa, G., Molero, F., Entenza, A. M. y Lévy-Mangin, J.-P. (2012). Autoeficacia para el liderazgo emprendedor: Adaptación y validación de la escala CESE en España. *Anales de Psicología*, 28(1), pp. 171-179. <https://revistas.um.es/analesps/article/view/140642/126732>
- Navas, M. C. (2017). Equidad de género: Una aproximación histórica a las políticas públicas para la equidad de género en El Salvador. *Conjeturas Sociológicas*, 5(12), pp. 48-73. <https://revistas.ues.edu.sv/index.php/conjsociologicas/article/view/404>
- ONU Mujeres. (2011). *Principios para el empoderamiento de las mujeres* [Informe]. <https://mexico.unwomen.org/sites/default/files/Field%20Office%20Mexico/Documentos/Publicaciones/2011/Principios%20de%20empoderamiento/7principiosEmpoderamiento%20pdf.pdf>
- Orellana, J. (2017, 25 de septiembre). El Salvador busca superar las brechas en el emprendimiento. *La Prensa Gráfica*. <https://www.laprensagrafica.com/economia/El-Salvador-busca-superar-brechas-en-el-emprendimiento-20170924-0056.html>
- Organización de Mujeres Salvadoreñas por la Paz [ORMUSA]. (2018). *El Salvador. Percepción de la violencia laboral contra las mujeres en los sectores público y privado* [Informe]. ORMUSA. https://ormusa.org/wp-content/uploads/2019/10/Percepcion-de-la-violencia-laboral-en-sectores-publico-privado_2019.pdf
- Oxfam. (2017). *Una economía para las mujeres* [Informe]. https://www-cdn.oxfam.org/s3fs-public/file_attachments/bp-an-economy-that-works-for-women-020317-es.pdf
- Palma Samaniego, M., Garcés, F., Valencia Vivas, G. y Wasbrum, W. (2017). Emprendimiento y el rol de la mujer. Caso ecuatoriano. *Revista Científica y Tecnológica UPSE*, 4(2), pp. 46-51. <https://doi.org/10.26423/rctu.v4i2.215>
- Pérez, I. (2010). La inteligencia racional frente a la inteligencia emocional. *Innovación y experiencias educativas*. https://archivos.csif.es/archivos/andalucia/ensenanza/revistas/csicsif/revista/pdf/Numero_28/INMACULADA PEREZ_2.pdf

- Pizarro, O. y Guerra, M. (2010). *Rol de la mujer en la gran empresa* [Informe]. Universidad del Desarrollo. <https://www.udd.cl/wp-content/uploads/2009/11/Rol-de-la-mujer-en-la-gran-empresa-FINAL2010.pdf>
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD]. (2018). *Informe sobre desarrollo humano El Salvador 2018: ¡Soy joven! ¿Y ahora qué?* Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. <https://www.undp.org/es/el-salvador/publications/informe-sobre-desarrollo-humano-el-salvador-2018-soy-joven-y-ahora-que>
- Rappaport, J. (1984). Studies in empowerment: Introduction to the issue. *Prevention in Human Services*, 3(2–3), pp. 1–7. <https://www.scirp.org/reference/referencespapers?referenceid=3938540>
- Rodríguez-Díaz, R., Jiménez-Cortés, R. y Rebollo-Catalán, Á. (2016). Gestión y liderazgo empresarial con perspectiva de género: Voces y experiencias. *Cuestiones de Género: De la Igualdad y la Diferencia*, 11, pp. 329–350. <https://revpubli.unileon.es/index.php/cuestionesdegenero/article/view/3186/2819>
- Rojas Rojas, M., Tapia Segarra, J., Herrera Hugo, B. y Cárdenas Lata, B. (2021). Emprendimiento y empoderamiento de la mujer rural de la parroquia de Santa Ana del cantón Cuenca: Una mirada desde trabajo social. *Dominio de las Ciencias*, 7(3), pp. 855–883. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8229677>
- Ruiz Sanchez, M. del C., Peña Guerrero, J. V. y Prieto Cubillos, B. L. (2020). Caracterización y motivaciones para el emprendimiento femenino en MIPYMES de Villavicencio - Colombia. *Tendencias*, 21(2), pp. 146–166. <https://doi.org/10.22267/rtend.202102.145>
- Salvador, C. (2008). Impacto de la inteligencia emocional percibida en la autoeficacia emprendedora. *Boletín de Psicología*, 92, pp. 65–80. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2732147>
- Sánchez Masferrer, M. (2015). *El emprendimiento en El Salvador* [Informe]. Escuela Superior de Economía y Negocios [ESEN] y Global Entrepreneurship Monitor. https://www.esen.edu.sv/gem/files/resultados/GEM_EL_SALVADOR_2014_2015.pdf
- Sánchez, J., Aldana, R., De Dios, S. y Yurrebaso, A. (2012). Autoeficacia y apoyo social en la intención emprendedora. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 4(1), pp. 511–520. <https://www.redalyc.org/pdf/3498/349832337056.pdf>
- Sánchez Tovar, Y., Macías García, M. Á. y Mendoza Flores, J. E. (2021). Diferencias en los determinantes del éxito en el emprendimiento en México: Una perspectiva de género. *Revista Venezolana de Gerencia*, 26(94), pp. 880–902. <https://www.redalyc.org/journal/290/29069612023/html/>
- Silva, C. y Loreto Martínez, M. (2004). Empoderamiento: Proceso, nivel y contexto. *Psykhé*, 13(2), pp. 29–39. <https://www.redalyc.org/pdf/967/96713203.pdf>

- Toledo Coral, C., Quintana Sánchez, C., Napa Zender, D. y Terzano Napuri, J. (2016). *Estilos de liderazgo de las mujeres emprendedoras de Lima Metropolitana* [Tesis, Pontificia Universidad Católica del Perú]. Repositorio Digital de Tesis y Trabajos de Investigación PUCP. <https://tesis.pucp.edu.pe/items/76bdce9e-a144-46f0-ba1a-f8c5ea24f4c7>
- Torres Gómez, Z. F., Cáceres Rincón, B. J. y Matagira Becerra, C. J. (2019). *Evaluación de inteligencia emocional en funcionarios de la empresa de transporte TransLebrija* [Trabajo de grado de pregrado, Universidad Cooperativa de Colombia]. Repositorio Institucional de la Universidad Cooperativa de Colombia. <https://repository.ucc.edu.co/entities/publication/6d95dc96-716c-4ed0-bd09-1893e5c8c306>
- Macedo Tovar, E. y González Rosas, E. (2017). Emprendimiento y liderazgo en mujeres. *Jóvenes en la Ciencia*, 3(2), pp. 1159–1163. <https://www.jovenesenlaciencia.ugto.mx/index.php/jovenesenlaciencia/article/view/1919/1421>
- Velázquez, M. (2021, 29 de abril). Mujeres emprendedoras, una oportunidad para la recuperación económica. *Forbes Centroamérica*. <https://forbescentroamerica.com/2021/04/29/mujeres-emprendedoras-una-oportunidad-para-la-recuperacion-economica/>
- Véliz, A., París, A., Estay, J., Moreno, G., Robles Francia, V. y Meza, A. (2019). Inteligencia emocional en mujeres emprendedoras de la Región de Los Lagos, Chile. *Comunidad y Salud*, 17(2), pp. 35-40. <https://servicio.bc.uc.edu.ve/fcs/cysv17sup/art04.pdf>
- Viegas Guillem, J. (Comp.) (2013). *En Historias de mujeres, mujeres de historia en El Salvador*. Dirección Nacional de Investigaciones en Cultura y Arte, SECULTURA.
- Zelaya, O. (2021, 12 de abril). El Salvador: Ley de emprendimiento, ¿una necesidad en El Salvador? *Central Law*. <https://central-law.com/el-salvador-ley-de-emprendimiento-una-necesidad-en-el-salvador/>